

# RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, mayo de 1953

Núm. 1011

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7-1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## LA MONEDA FALSA

**C**ARRALAFUENTE de Abajo es una aldea como hay tantas perdidas por esos montes de Dios. Tiene su modesta parroquia, con un altar barroco, despinado, y una hornacina con su Virgen del Rosario.

La vida en la aldea apenas tiene altibajos. Sembrar, labrar, segar. Y así un año y otro. Ni un turista se aventura por allá, porque no hay retablo que admirar ni paisaje que retratar, ni castillo que fisgonear.

Pero no se crea que por eso en Carralafuente no hay anécdotas y hasta humorismo de calidad. Por ejemplo: escuchad lo que ocurrió en cierta ocasión, hace ya algunos años. Era por el tiempo en que todavía circulaban las pesetas de plata y las perras gordas de cobre, o de lo que fuesen, porque nunca se sabía su original aleación, tal como las iba dejando el uso.

En la aldea había una vieja, vendedora de verduras y de todo lo que se terciaba. Era parlanchina, astuta y tenía una salud a prueba de inviernos. La llamaban por mote la *tía Guindilla*, tal vez por lo picante de su lengua, aunque hace ya años que se ha moderado mucho.

Con sus ajos y sus cebollas, y los domingos una cestilla de chucherías infantiles, ella iba pasando esta vida, sin muchas ambiciones, pero sin faltarle a diario un pucherito nutritivo.

Pero la tía Guindilla tenía una mala costumbre, a la que no daba importancia porque creía que era un incidente de su oficio mercantil. Cuantas monedas falsas caían en sus manos, ya que su vista no era muy fina para darse cuenta de primera intención, solía guardarlas para echarlas en el cepillo de la parroquia o en los responsos, sobre todo cuando, en ciertos días del año, ella honraba a sus difuntos, sobre todo a su marido, el borrachín de Anselmo, que en gloria esté.

El sacristán de la parroquia rural, el astuto Benjamín, ya había adivinado de dónde venían a las ánimas tantas monedas malas, y sin decir a nadie nada (y menos al señor Cura), él las iba devolviendo con naturalidad a su procedencia, o sea a la tía Guindilla,

cada vez que sus chicos compraban cacahuetes o chufas. La vieja volvía al día siguiente a echar la limosna en la iglesia y Benjamín volvía a hacer la misma faena

Benjamín quería, no obstante, hacer un escarmiento sonado, porque aquel juego de mutuo engaño no podía permanecer ya secreto. Hombre de fértil ingenio, era, además de sacristán y campanero, barbero, alguacil del Juzgado de Paz, pregonero, y no sé si algo más.

Cierto día cayó en manos de la interfecta una peseta de plomo, mas falsa que el alma de Judas, y para presumir con su dádiva esperó para darla a que llegasen los días de Difuntos, en que cada vecina acostumbraba a echar a la bandeja de los responsos, una limosna mayor que la acostumbrada.

La tía Guindilla, pavoneándose un poco, echó con parsimonia la moneda, pero Benjamín no le quitaba ojo, y supo, como siempre, quién la había depositado. Tampoco fue a decirselo al Cura, porque quería ser él, en persona, el que sacase los colores a la desaprensiva parroquiana.

Y tal como lo pensó lo hizo. Aprovechó una tarde en que el Párroco estaba ausente y en la que, por costumbre en semejantes casos, era el sacristán el que se encargaba de rezar el Rosario vespertino, al pie del altar.

Con gran prosopeya, nuestro Benjamín rezó los misterios del día y la Letanía. Disimuladamente se volvió un poco para aparcibir bien qué clase de feligreses había en el Templo. Allí, en un rincón, se hallaba su «víctima», muy devotamente recogida sobre sí misma.

Levantando mas la voz, empezó con los Padrenuestros que era costumbre rezar, al final del acto, en honor de ciertos Santos predilectos de la localidad, por los caminantes, por los moribundos, por los infieles, etc. Esta vez, sin embargo, hubo un añadido imprevisto para la gente, pues con la mayor naturalidad, dijo el travieso sacristán:

—Y ahora... otro Padrenuestro para que las *animas* se apiaden de las tram-

posas que les echan monedas falsas en la bandeja...

Quedó flotando en el aire aquel Padrenuestro, que muy pocas voces recogieron.

A la salida, la mujer de Benjamín, que parecía tonta, pero era más espabilada que él todavía, se hizo la contradictiza con la tía Guindilla y, maliciosamente, le soltó casi al oído:

—¡Qué ocurrencias tiene este Benjamín!

—Y que lo digas, hija. Con monedas falsas no se alivia a nadie del Purgatorio. Pero con los rosarios de tu marido, yo creo que se atiza más el fuego, porque... ¡a saber en qué estará pensando cuando se bebe el vino de celebrar...!

*José de Tafalla*

Una página de la Historia de España

## VIRIATO

¿Recordáis a Viriato? Fué aquel hombre, pastor en su mocedad, fuerte, valiente, atrevido, buen jinete y acostumbrado a recorrer las montañas. Indignado por los duros tratos que los romanos infligían a los españoles, alzó entre sus rudas manos el pendón de independencia.

Un puñado de compatriotas se unieron a sus ideales, y su voz arengó a las tropas durante diez años, en los que lucharon victoriosamente contra los romanos.

Viriato, gran estratega, caía con sus hombres sobre los enemigos, cuando menos lo esperaban, o los atraía, por medio de ardides, hacia lugares pantanosos, o destiladeros, donde les era fácil derrotarlos.

Fueron tantas sus victorias, que los legionarios temblaban ante el solo nombre de Viriato. Uno de sus mayores triunfos fué el obligar al general enemigo, Fabio Serviliano, a que Roma se comprometiera a respetar los territorios conquistados por él. Desde este pacto, el ejército de Viriato había disminuído considerablemente, circunstancia que aprovechó un general invasor para atacarle por sorpresa. El valiente pastor los burló de nuevo, y envió a tres de sus capitanes a exigir explicaciones por la falta de respeto a

la paz firmada. Cepión, el astuto general romano, los halagó, ofreciéndoles honores y riquezas si daban muerte a su caudillo.

De regreso al campamento de Vriato, le mintieron dándole gratas noticias. Apenas observaron que dormía, se introdujeron en su tienda, apuñalándole a traición.

Así moría este héroe de nuestra Patria en el año 140 antes de Jesucristo.

Al presentarse los asesinos a cobrar el precio de su crimen, recibieron esta respuesta del general romano: «Roma no paga a los traidores».

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

En una de las Epístolas de estos domingos, habla Santiago Apóstol sobre la ira y recomienda a sus hermanos que no se dejen llevar por este pecado que les arrastra a otros males peores.

Muchas veces la vida es cómoda: las personas que nos rodean, amables y atentas, siempre serviciales, halagadoras, dispuestas a complacer todos nuestros deseos, unas veces porque la suerte quiso favorecerlos con un carácter apacible y sencillo, fácil para ser complacido, o también, porque ocupando un puesto en la sociedad, hace que los que nos rodean extremen sus atenciones y amabilidades, tratando de complacer todos nuestros deseos... o caprichos, por simpatía personal o por temor que de todo puede haber en la viña del Señor.

En estos casos, la impaciencia o la ira, no tiene ocasión de manifestarse y entonces la vida discurre fácil y cómoda, sin que nada motive una irritabilidad o demostración de impaciencia o de ira.

Pero otras veces, incluso en estas mismas circunstancias un motivo accidental, origina el retraso en el cumplimiento de una orden nuestra, y es entonces cuando surge con toda su fuerza la impaciencia y la ira. En ese momento no somos capaces de comprender, porque nos ofusca la pasión mal controlada, las causas que lo han originado, ajenas muchas veces, a la buena voluntad de quien habría de cumplir nuestras órdenes. La impaciencia se desborda y la ira hace su aparición con toda su fuerza pasional.

Este es el momento censurable de las personas.

En el curso de la vida hemos de tener contrariedades, disgustos, asuntos que han salido todo lo contrario de lo que era nuestro deseo, pero es entonces cuando necesitamos más de nuestra inteligencia primero y de nuestra caridad cristiana después, para obrar con la serenidad suficiente, por muy desagradable que sea la contrariedad que se nos presenta.

Casi siempre tiene alguna explicación esta contrariedad que origina nuestra impaciencia o nuestra ira. Tengamos un gran dominio sobre nuestra voluntad para poder enjuiciar los hechos con la gran serenidad del hombre inteligente y católico

que medita antes en las causas que originaron nuestra impaciencia.

Si nos colocamos en el lugar de las personas que motivan estas circunstancias y meditamos los hechos, es posible que encontremos la justificación de la anomalía ocurrida y veamos claramente la ausencia completa de mala intención en la misma.

Pero no obremos a la ligera, impacientándonos contra los acontecimientos, ajenos muchas veces a las personas, demostrando una falta completa de sentido común, de inteligencia y de caridad cristiana.

Las virtudes son precisamente para poder hacer frente a los acontecimientos adversos que la vida nos presenta.

Pocos méritos habremos de hacer si la vida no nos ofrece más que bienestar y alegría.

Y sobre todo que la impaciencia y la ira sea contenida en aquellas personas que por sus circunstancias sociales, políticas o religiosas, tienen que dar más ejemplo de inteligencia y moral cristiana, porque todos sus actos están siempre bajo las miradas atentas de los espectadores que no les quitan la vista un sólo momento en este gran teatro del mundo en que vivimos.

Moderación, dominio de sí mismos, serenidad, meditación sin precipitaciones las circunstancias de cada caso para juzgar con la máxima justicia, porque la injusticia en los de arriba suena a más injusticia que en los de abajo. Y la fe católica tiene que realizar en el creyente el milagro de su fuerza poderosa.

«Empero sea todo hombre... tardo para la ira. Porque en la ira del hombre no obra la justicia de Dios».

R.

## Un bello amanecer en el mes de las flores

Ya canta placentera la inocente ave-cilla en los frescos sembrados, en la selva vecina; ya la verde enramada la mece suave brisa, y en sus tallos se doblan del trigo las espigas. El vencejo incansable, apenas rompe el día, con su agudo chillido que el eco centuplica, revoletea alegre en torno de la ermita. Y en los aleros de los tejados, la tierna golondrina hace ingeniosos nidos de retama y oliva. La enamorada tórtola arrullante suspira, buscando en los zarzales, del sol a la salida, los nacientes lentiscos que crecen a su orilla. Murmulla el arroyuelo, que se desliza por la pradera con aleteo de irisadas brisas.

Cubierta está la vega de hermosas florecitas; los árboles de fruto; las huertas bien provistas de variadas legumbres en plena lozanía.

Del bello amanecer que se disfruta, del bello despertar que purifica, por todas partes siéntese perfume y poesía: el cielo que nos cubre; la tierra que se pisa; y hasta el ambiente que se res-

pira, himnos entona de amor y dicha; todo saluda al naciente día.

¡Playas risueñas: despertad, y alegros... que llegó el día! Inquietas olas que jugando en la playa bañáis la orilla, brindad enamoradas con el rumor de vuestros castos besos al nuevo día, y el eco de tus notas llene el espacio de dulces melodías.

Si la sabia Natura camina eternamente agradecida, y en su ley inmutable, lo mismo noche y día al Todopoderoso bendice y glorifica: nosotros, los mortales, rindiendo pleitesía al Hacedor Supremo, ante la Augusta Majestad divina prostrémonos de hinojos, doblemos la rodilla, y alabemos a DIOS que nos depara un feliz, un dichoso, un nuevo día.

¡Bendito siempre seas con tus hermosos días, con tus plácidas noches y con tus suaves brisas, mes de las flores, Mayo florido, dulce mes de MARIA! Tus mañanas risueñas, las comparo a las niñas que con miradas lánguidas un lindo amante ansían; y también son hermosas, como el alma que abriga amor correspondido, y el gozo la extasia. Tu sol luce esplendente, como rayos de dicha; cual un placer soñado tu puro cielo brilla, mes de las flores, de las graciosas brisas, mes de las auras puras. ¡Bendito seas, dulce mes de MARIA!

Moisés García Fernández

## Un hombre de carácter

Era mi amigo Saturnino hombre nervioso, taciturno y fácil de desanimar. En todo hallaba motivo de zozobra: desde la posibilidad de un bombardeo aéreo hasta el temor de que por haberse rasguñado un dedo le diese tétano.

«El hombre aprende a ser valiente como el niño aprende a hablar» decían los griegos. Pero yo habría jurado que esto no rezaba con Saturnino... hasta el día aquel de nuestro casual encuentro en la calle.

Mi amigo era otro hombre.

¿Qué había infundido ese brillo a su mirada? ¿De dónde ese aire resuelto y confiado?—me pregunté al verlo. Porque cualquiera hubiese dicho que Saturnino había descubierto un elixir contra las preocupaciones.

El mismo me explicó en parte el enigma, y luego acabó de aclarármelo otra persona: el hombre a quien él había temido más que a nada en el mundo.

Saturnino llevaba años en una fábrica de artículos de cuero donde era secretario del socio principal, un epicúreo con cara de vinagre y úlcera del estómago a quien los empleados llamaban don Basilisco. Cierta día de mucho recargo de trabajo telefoneó el comprador de una gran tienda en momentos en que don Basilisco no estaba en su despacho.

—Dígale que me llame apenas llegue—advirtió el comprador a Saturnino. No acababa éste de soltar el teléfono cuando

llamaron de nuevo. Esta vez era su esposa, para darle la mala noticia de que el mayor de los niños había amanecido con paperas. Mi amigo convino en irse a un hotel por una semana a fin de evitar el contagio; y este inesperado cambio en sus hábitos le hizo olvidarse de todo lo demás.

En las noches siguientes, a solas en su cuartito se atormentaba pensando en la enfermedad del niño, en la cuenta del médico y en lo que estaba costándole el hotel. Sólo a mediados de la semana se acordó del recado para don Basilisco, y eso cuando vió al propio don Basilisco avanzar hacia su escritorio hecho un energúmeno.

El agente de compras había telefonado para hacerles un pedido de ensayo, y en vista de que no lo llamaron se entendió con otra fábrica.

—Lo que necesito saber—tronó don Basilisco—es esto: ¿recibió usted ese recado: sí o no?

Y Saturnino, temiendo que el olvido le costara el empleo, tragó saliva y afirmó:

—No, señor, yo no he recibido ningún recado.

—¿De modo que ese comprador me está mintiendo?—rugió don Basilisco—... Pues yo averiguaré lo que haya de cierto. ¡ya lo veremos!

Esa noche no pegó los ojos Saturnino. Le picaban las sábanas. Lo acongojaba el miedo de que, descubierta su mentira lo dejasen cesante... y sin esperanzas de conseguir otro empleo, porque don Basilisco daría pésimas referencias de él.

Antes de que amaneciese saltó de la cama y vistiéndose apresuradamente salió a la calle. Ni siquiera los carros del reparto de leche turbaban el silencio de la ciudad dormida. A poco se halló Saturnino sentado en el banco de un parque, rodeado por las confusas sombras de árboles y arbustos, fija la intranquila mirada en la menguante luz de las estrellas. Había oído decir que en el silencio y la meditación hallamos fortaleza y acierto para resolver nuestras dificultades. ¡Si los hallase él ahora! Su anhelo se hacía plegaria.

Tiñeron el cielo los primeros y aún indecisos tintes de la aurora. Saturnino vió con tristeza crecer la claridad del nuevo día. Luego fué cayendo en un ensueño que borraba toda noción del tiempo. La esplendorosa majestad con que el mundo renacía a la luz, el misterioso hechizo de ese vasto conjunto de colores y bullir de vida, le embelesaron el pensamiento y suavizaron la aspereza de las ideas que lo atormentaban.

¿Cuánto haría que no contemplaba él un amanecer? ¡Años de años! Siendo niño solía levantarse cuando aún dormían todos los de casa y se iba descalzo a extasiarse ante el nacimiento del día.

El cielo era ahora piélagos de luz. Como si llegase de las lejanas playas de ese mar esplendente, acudió a la memoria de Saturnino el recuerdo de la señorita Henderson, su maestra de tercer grado. La veía en la clase, esforzando los ojos miopes para leer a sus alumnos:

*Los cielos expresan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos.*

¿Cómo podían los hombres dormir desentendidos de tal hermosura? Si solamente amaneciera una vez en cada siglo, nadie perdería el espectáculo; todo el mundo

madrugaría para contemplar a cielo abierto esa llamarada de maravilla.

Nunca imaginó la insignificante y miope señorita Henderson que su voz llegaría a salvar el abismo de los años para recordarle a Saturnino la vigorosa convicción con que la maestra distinguía entre el bien y el mal.

Los recuerdos de sus primeros años adquirirían súbitamente vívida y elocuente realidad para Saturnino. El no era cobarde de nacimiento. De muchacho tomó parte alegremente en los bruscos juegos propios de esa edad, y hasta en las inevitables peleas. Tampoco había sido pusilánime de joven: casó con Inés cuando sólo contaba con un sueldecito, confiando ambos en la firmeza de su amor.

¿Habría sido el amor lo que hizo de él un cobarde? ¿No se debería al temor de que la mujer y los hijos pudieran pasar trabajos ese exagerado afán suyo de agradar a los demás, de transigir, de conformarse, de someterse para ganar voluntades? Entornó los ojos, y en una agonía de incertidumbres se preguntó qué otro camino le quedaba en este mundo a un padre de familia.

Cientos de voces respondieron a su pregunta. Le pareció oír la voz de Dios en el piar de los gorriones que saludaban el día; en los confusos y crecientes ruidos de la ciudad que despertaba. Y todos esos sonidos traían como lejanos ecos aquellas palabras: El Señor me apacienta: nada me faltará...

Muchos años había dejado pasar Saturnino sin acordarse de estas promesas tan antiguas y tan nuevas. Recordó lo que solía repetir la señorita Henderson: «Obra bien, por mucho que te duela, y Dios te sostendrá.» Saturnino se enderezó en el banco, respiró a pulmón henchido, satisfecho, como hombre que sabe al fin qué camino tomar.

Cuando la esposa de don Basilisco abrió la puerta, su rostro adquirió una expresión de penosa sorpresa: El secretario de su marido traía muy mala cara.

—Necesito hablar con su señor esposo —dijo Saturnino.

Un lejano, incitante y burlón olorillo a café recién hecho y jamón frito le dió en las narices cuando la señora lo hizo pasar al comedor donde sentado a la cabecera de la larga mesa estaba don Basilisco. Jamás le había parecido más adusto y aterrador el semblante del patrón, que ahora clavaba en él una mirada de incrédulo asombro. Con angustioso esfuerzo Saturnino desembuchó su confesión:

—Vengo a confesarle que el comprador sí me dió ese recado. Olvidé decírselo a usted. Después tuve miedo y lo negué. Estoy avergonzado y le doy mis excusas.

Don Basilisco miraba el vaso de agua que tenía delante con la misma fijeza con que mira el adivino la mágica bola de cristal. Sus inmóviles facciones eran máscara de espanto. Reinaba en el comedor un silencio opresivo, casi asfixiante. Por fin sacudió don Basilisco la cabeza, y empezó a decir:

—Me lo había imaginado, Saturnino. Y... ¿sabe por qué no lo hemos mejorado de empleo? Usted conoce el negocio como el que más. Pero le falta carácter, y eso es lo que lo pierde. Nadie puede ayudar a

una persona así. Por falta de carácter me dijo usted esa miserable mentira.

Don Basilisco lanzó un profundo suspiro, se puso en pie. Casi con solemnidad estrechó en su diestra vigorosamente la de Saturnino y continuó:

—Pero sólo un hombre de carácter hace lo que acaba de hacer usted. Algo muy grande, bien lo sabe Dios, le ha ocurrido, Saturnino. Y es una de mis mayores satisfacciones que así haya sido. Hoy empieza una nueva vida para los dos...

F.O.

## MAYO

¿Qué es lo que miro? ¿Un cielo tachonado de estrellas, o un campo matizado de luminosas flores aromadas?

Más un altar parece adorado de flores y luces encendidas, para una grande fiesta preparado.

¿Quizas será tu fiesta, Dios mio, en este día, y grandes regocijos y adornos se preparan en el cielo?

Quizás, porque Tú mismo te has vestido de fiesta, y vigilas el cielo para que en punto esté todo su adorno.

Mas no; mas no; no es eso. En tu sonrisa miro la razón de estas galas: y es que alegre festejas a tu Madre.

*Hermenegildo Rodriguez*

## CURIOSIDADES

### EL INCIENSO

El incienso se usa en las ceremonias del culto desde tiempo inmemorial. Su origen se atribuye a la necesidad de perfumar los templos cuando en tiempos de Moisés se hacían en ellos los sacrificios. El humo del incienso lo considera la iglesia católica como símbolo de la oración.

No es fácil precisar si el origen del incienso se debe a su olor o a las propiedades desinfectantes que posee. En las naciones más antiguas incluyendo Egipto, Asiria, Babilonia y Persia, se usaban en las ceremonias religiosas en los más remotos tiempos. Esta suposición se confirma más por el hecho de que 2.500 años antes de Jesucristo, un noble egipcio llamado Hanu, fué enviado por el Faraón Sankhra en busca de resinas olorosas a la tierra de Somali para el culto egipcio.

Los parsis y los indios más antiguos usaban incienso para la devoción de sus dioses y también en los entierros como desinfectante.

Por lo que respecta a la Iglesia cristiana, dice Tertuliano: «Si se produce olor ofensivo quemando yerbas de Arabia»

Los primeros cristianos lo usaban también en las Catacumbas y en las cavernas donde celebraban sus ceremonias y entonces es cuando el incienso adquirió el uso religioso simbolizando a las oraciones que se elevan hasta el cielo.

*Fernández del Humedal*

● Comentando  
**La fiesta del libro**

Hace pocos días que se celebró en toda España el llamado día del Libro. Yo no voy a hacer referencia a tan simpática festividad, aunque la coincidencia del título parezca indicarlo. Me voy a referir a esa costumbre tan arraigada de tener a los libros en fiesta, de una casa para otra, prestados de unos a otros en interminable cadena, pasando de mano en mano, rozando inteligencias acusadas o romas, y sin llegar nunca a su dueño. Yo he sido, y sigo siendo, víctima de esta festividad alegre y confiada del préstamo del libro. Y por ese sistema mi biblioteca, bastante abundante y seleccionada, se resquebraja y pierde peso. Llevo perdidos más de cincuenta libros, de los que pude seguir parte de la pista de su recorrido, pero que terminaron despintándose de mi investigación policial. A algunos les seguí la pista durante años enteros, y los vi pasar por más de cincuenta manos distintas. Mi cordedad me impidió reclamarlos a su debido tiempo, y la viveza a «abertura» de carácter de los que me lo pedían prestado para devolvérmelo en seguida, los fué desparrramando, que esta es la palabra exacta, por ahí como si de grano y semilla se tratase. Yo se lo dejé a Fulano, éste a Mengano, éste a Perengano, éste a Citano... y así sucesivamente hasta que se despistó de mi vista y hoy lo lloro por perdido. Este

es el camino de la mayoría de los libros prestados.

Y los libros no se escriben para ser viajeros que se anden toda la vida de la Ceca a la Meca. Los libros se han escrito para delectación espiritual y para alimento intelectual, y por lo tanto, se deben de comprar y no de pedir prestados. Lloro por una llaga tiempo ha abierta, es cierto, pero más cierto es que el que, como yo, tenga verdadero cariño a los libros, cuando compra uno, sabe seleccionarlo y escogerlo, y pretende mirarlo en su biblioteca y saborearlo cuando se le antoje. Y al prestarlo, el libro pierde el mimo de quien bien le quiere (que si el que lo pidió le quisiera bien lo compraría), y su dueño pierde la delectación de su lectura o el placer de saborear los datos que como confituras le ofrece en sus páginas.

Cada uno que se compre sus libros, según su criterio, que los seleccione, y que se los guarde. Yo creo que se debía de deterrar la mala costumbre de emprestar y de pedir prestados libros a nadie. Para eso existen las Bibliotecas públicas. Es mas: se me antoja que ese prestar y pedir prestados libros, establece una competencia ilícita a esas Bibliotecas, que para funcionar como tales, tienen que ajustar sus cuentas con el Estado. Y los que prestamos o pedimos libros, no hacemos cosa distinta que las que se hacen en esas Bibliotecas. Y al menos, en estas sabemos que, los libros siempre se devuelven, cosa que a los que caímos en la tentación o el compromiso de dejarlos, en muchas ocasiones los tenemos que dar por perdidos. Declaremos, pues, la guerra más encarnizada al préstamo de libros, y demos nosotros ejemplo negándonos a

prestar los nuestros, comprando los que nos interesen para no pedirlos prestados.

Hero

NOTA: Hay algunos, muy pocos, que devuelven los libros que se les prestan. Vaya esta nota a endulzarles ese pequeño resquemor que les pueda haber quedado al leer las anteriores líneas. Vale.

“ALFA”

Máquinas de coser y bordar

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

**Planchas ACANALADAS**  
de CUBRICION  
Almacenes ARBUES

Covadonga, 27 - Teléf. 1817  
GIJON

**César A. Prieto**  
PINTOR

Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115

**JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA**  
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

**ALMACENES LA SIRENA**

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

*Arbues*

Materiales de CONSTRUCCION  
Planchas onduladas  
Tubos, Depósito, etc.

Covadonga, 27 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

**Feliciano Rodríguez**

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

**VINOS PARA MISA**

y selectos para mesa

**AGUSTIN SERRANO**

COSECHERO

**MANZANARES**

proveedor del S. Vaticano

*La* **Caja de Ahorros de Asturias**

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

**CASA INFANTIL COVADONGA**

Pola de Gordón (León)